



“V. Los pueblos no célticos de la Península:
Tartessos e Iberos”

p. 145-166

Pedro Bosch-Gimpera

*El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de
España*

Segunda edición conmemorativa

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1995

430 p. + [XLVI]

Figuras

ISBN 968-36-4439-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/001/poblamiento_formacion.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPITULO V

LOS PUEBLOS NO CELTICOS DE LA PENINSULA: TARTESIOS E IBEROS

1. *Composición de la población indígena*

El estado de cosas estabilizado durante la edad del bronce y que representa la España indígena anterior a las invasiones célticas, permaneció más o menos intacto hasta la conquista romana, con la adición de pequeñas masas de colonos fenicios, griegos y cartagineses, en la mayor parte de las regiones del este y sur de España. En los territorios afectados por los movimientos célticos quedaron también grandes grupos intactos, y donde no fué borrada o desnaturalizada por los nuevos dominadores, la población anterior subsiste igualmente, aunque mezclada con los recién llegados.¹

Los celtas se instalaron en grandes masas, sobre todo en el centro de la Península, menos densamente poblada. En los territorios occidentales, en Galicia y Portugal, penetraron clanes de guerreros o masas poco numerosas que, a la larga, no consiguieron desnaturalizar demasiado la población indígena, mestizada por los conquistadores. En los territorios marginales de las mesetas castellanas la mezcla de los celtas con los iberos hizo

nacer el pueblo celtibérico, con una masa indígena ibero-cap-siense. En el norte se infiltraron grupos célticos, probablemente de guerreros, entre las poblaciones indígenas, y aunque hayan quedado más o menos mestizadas, los grupos anteriores quedaron generalmente intactos también y absorbieron a sus dominadores: este es el caso de los vascos. En esas comarcas los celtas no parecen haber ocupado más que posiciones militares estratégicas. Semejante conclusión es también válida para los pueblos catalanes y para los del Ebro, en donde los celtas no dejaron grandes rastros y en donde no quedaron de ellos grupos compactos.

El resultado de la estabilización étnica pre-céltica es la aparición de pueblos con fuerte personalidad, aunque sin transiciones bruscas de unos a otros, formados en relación con la geografía extraordinariamente variada de la Península. En estos grupos étnicos se hallan mezclados todos los elementos que se han superpuesto en cada territorio.

2. Tribus iberas y tartesias del este y sur de España

En el sureste, en el este y en el Ebro hasta Zaragoza, predominan los *pueblos ibéricos*. Los *bastetanos* viven en la provincia de Almería y en la parte montañosa de la de Granada (¿con las Alpujarras y el alto valle del Genil?). Los *mastienos* en la región de Cartagena. Los *deitanos* en las comarcas de Archena, Murcia, Elche y en la llanura de Alicante. Los *gimnetas-contestanos* en las terrazas de Almansa y Montealegre, en la zona montañosa situada entre las provincias de Valencia y Alicante, desde el Júcar al Vinalapó, conteniendo posibles infiltraciones célticas. Los *edetanos* en las llanuras de Valencia y Castellón, en el Maestrazgo y montañas próximas, en el bajo Aragón hasta Zaragoza y, en un cierto momento, acaso también en el bajo Ebro en la comarca de Tortosa. Los *ilergetas*

vivían en la región natural comprendida entre las llanuras de Urgel (Lérida) y de Huesca, con grupos avanzados hacia el Campo de Tarragona y llegando posiblemente a la misma ciudad. Acaso en época tardía, hacia fines del siglo IV o en el III a. de J. C., los grupos extremos de los ilergetas (del campo de Tarragona), que fueron llamados *ilercaones*, empujados por los cossetanos (que desde entonces son el pueblo de la llanura de Tarragona), se replegarían hacia la desembocadura del Ebro, con Tortosa y la llanura de Castellón, que arrebataron a los edetanos. Este movimiento de los ilercaones a expensas de los edetanos, producido por la entrada de los cossetanos en el campo de Tarragona, puede deducirse tanto por una noticia de Estrabón —que parece referirse a tiempos muy anteriores a él y tomada de una fuente antigua (¿Hecateo?)— que acusa la presencia de un grupo de edetanos al norte del Ebro, como, por lo que se refiere al avance cossetano, de la estratigrafía de Tarragona; en que después de una capa con una cultura ibérica arcaica (siglos V-IV: época de los ilergetas-ilercaones) sigue una capa de incendio sobre la que aparece la cultura del siglo IV-III relacionada con la de los pueblos de más al norte de la costa catalana, con los que los cossetanos formaban un grupo.

Andalucía, comprendiendo también ambas vertientes de Sierra Morena, es el domicilio de los pueblos del *grupo tartesio*, asimilados por los historiadores antiguos a los iberos. A pesar de las infiltraciones ibero-almerienses, que penetraron en Andalucía muy pronto, con la colonización minera de la edad del bronce (cultura argárica), los elementos derivados de los capsienses debían persistir tenazmente en este territorio. Son los *tartesios en sentido estricto (túrdulos)* del valle meridional del Guadalquivir y las tribus secundarias cuya personalidad distinta se esfuma poco a poco y que ya se hallaba borrada del todo a la llegada de los romanos: los *olbisios*, llamados también selbinsios o elbestios de la región de Huelva, los *ileates* o *gletes* en

la llanura del norte del Guadalquivir y faldas de Sierra Morena entre Sevilla y Córdoba, los *etmaneos* en la provincia de Córdoba, los *oretanos* en la Sierra Morena oriental y en la provincia de Jaén, posiblemente desbordando también por el alto valle del Segura; en el sur, los *cilbicenos* en las montañas del sur de la provincia de Cádiz. Es posible reconocer como tartesios verdaderos los pobladores de algunas localidades distantes de su territorio propio, que en fuentes tardías se les atribuyen. Tal es el caso de algunas ciudades del sur de Extremadura, de Portugal: (Beja, Salacia en el bajo valle del Tajo), de otras entre el Mondego y el Vouga y aun del bajo Duero. Posiblemente serían restos de colonias de mineros y comerciantes muy antiguos, del tiempo de la cultura argárica o del de la intensificación de las relaciones comerciales después de las invasiones célticas.

Los pueblos tartesios parecen en ciertos momentos (siglo VI) haber formado una gran confederación, de que habla el Periplo, comprendiendo en ella a otra federación secundaria encabezada por los mastienos con los que se agrupaban los bastetanos y los deitanos, de los cuales sólo se encuentra el nombre en fuentes más tardías. Parece que, en el sur y sureste, los pueblos fundamentales son los tartesios, los mastienos y los oretanos, en torno de los cuales giran los menos importantes de los olbisios, ileates, etmaneos y cilbicenos (con los tartesios) y los bastetanos y deitanos (con los mastienos), manteniendo el grupo oretano aparte y habiendo sufrido al norte de Sierra Morena las infiltraciones de los germanos en sentido estricto, llegados con el conglomerado céltico.

La composición étnica de estos pueblos, a juzgar por el resultado de la investigación de los tiempos anteriores, por su cultura y por las noticias de las fuentes literarias, parece ser muy afín en todos los pueblos de la costa del sureste y este de la Península. Las fuentes más antiguas (el Periplo griego del siglo

vi, Hecateo) llaman iberos sólo a los de la costa valenciana a partir del Vinalapó, que debieron formar un grupo muy compacto, incluyendo a los del sureste de España en la federación tartesia, cuyas tribus no son llamadas ibéricas hasta Herodoro, hacia 430.² Ello parece indicar que, aunque los griegos distinguieron entre iberos y tartesios, pronto los confundieron. El grupo incluido en la federación tartesia en el sureste de España es indudablemente ibérico, en el sentido de ser descendiente de los antiguos almerienses e inclusive representa el núcleo primordial. Los iberos en sentido estricto (gimnetas-contestanos, edetanos e ilergetas-ilercaones, con las infiltraciones ibéricas hacia el noreste de Cataluña y hasta el sur de Francia) representan la extensión secundaria de los almerienses hacia el norte. Los contactos del grupo almeriense primario con los pueblos de Andalucía (el grupo tartesio en sentido estricto), que se realizaron desde muy antiguo y que se afirmaron durante el florecimiento de Tartessos y de su comercio, unificando su cultura hasta que fué asimilada por los iberos de la costa valenciana, de Aragón y de Cataluña, debieron mantener un cierto contraste, al principio, de los pueblos ibéricos comprendidos en la federación tartesio-mastiena con los del norte de Alicante, y este contraste dió lugar a la distinción de los griegos.

A medida que el centro de las relaciones griegas se concentraba en los pueblos netamente ibéricos en el este y sureste de España, y que la relación con los tartesios del interior de Andalucía era menos directa de lo que había sido en el siglo vi, por las semejanzas positivas de cultura entre ambos grupos y por el contraste de ellos con los celtas, se llegó a comprender a iberos y tartesios dentro de una misma denominación. El nombre de los iberos pudo, en un principio, ser exclusivamente el de las tribus formadas en la antigua extensión de la cultura de Almería, y como siempre en la antigüedad, poco a poco se extendió a los pueblos considerados como afines étnicamente.

Así, mucho más tarde, a partir del siglo III, toda la Península será llamada Iberia, aunque su mayor parte no estaba poblada por iberos.

3. Pueblos indígenas del occidente de la Península

El sur de Portugal (Algarve) en la época romana pertenece a los *cinetas* o *conios*. Allí fueron arrinconados por los celtas; pero, originariamente, se extendían más al norte: el Periplo, en el siglo VI, los hace llegar hasta el Sado y el nombre de Conimbriga (la “fortaleza de los conios”: Condeixa-a-Velha, cerca de Coimbra), los muestra habiendo llegado hasta el Mondego antes de las incursiones célticas.

El Periplo da a conocer también un nombre de los indígenas de la costa portuguesa, anteriores a aquellas incursiones: los *oestrimnios*. En el interior, en las montañas de Beira y en la Serra da Estrella, en tiempo del Periplo, existían ya sin duda los *lusitanos*, con los que hay que identificar probablemente el “*pernix luis*” que aquella fuente cita en su transcripción latina.

Se ha creído poder encontrar, a través del Periplo, otro pueblo indígena en el norte de Portugal, los “dragani”; pero según Berthelot³ este nombre no sería sino otra denominación de los sefes (sepes = serpientes, equivalente a dragani = deformación de “draconi”), perteneciente a los invasores célticos de la región.

En la *Galicia* celtizada aparecen pueblos que acaso representan una capa indígena: los *gigurros*, *seurros*, *tibueros*, *bibalos* y *caporos*. Constituirían originariamente la transición hacia los elementos indígenas de los *astures*. Estos viven en la parte occidental y central de Asturias, León y territorios limítrofes, llegando hasta el ángulo noreste de Portugal, y entre ellos, celtizados también, persisten tribus como los *zoelas* y los *albiones*

que indudablemente no son celtas, como probablemente tampoco los *pésicos* y los *orníacos*.

El grupo de los *vetones*, arrinconado en la época romana en la región de las sierras de Gata y de Gredos, representa igualmente un pueblo celtizado que debía esconder un grupo indígena anterior, el cual había ocupado un tiempo la mayor parte de Extremadura y aun las provincias de Salamanca y sur de Zamora, así como una parte de los territorios portugueses próximos a la frontera, siendo sus posibles límites las Cimas de Mogadouro y la Serra da Lapa. Después de celtizado, debieron deshacerlo las expansiones tardías de los lusitanos en el siglo II.

4. *El centro de España*

En el centro de España, bajo la capa céltica de los celtíberos citeriores del Jalón, se hallan los restos de un pueblo indígena análogo a los lusitanos y que llevaba su mismo nombre: los *lusones* (con los nombres de lugar de Luzaga y Luzón en la provincia de Guadalajara). Puede creerse que tanto los lusitanos como los lusones representaban los restos de una antigua población eneolítica, perteneciente a un grupo de la antigua cultura de las cuevas (el de Extremadura-Segovia, que tiene conexiones con la extensión de la cultura de las cuevas por el centro de Portugal).⁴ En Celtiberia, entre el grupo indígena y los celtas se habría interpuesto todavía una capa ibérica procedente de las avanzadas almerienses que, desde el Ebro, se infiltraron por el Jalón y tierras vecinas sorianas, así como, posiblemente, llegaron los iberos hasta más al norte, Ebro arriba, a las regiones cantábricas.

Los *carpetanos* de la región Madrid-Toledo y Alcarria-Mancha parecen el cruzamiento de un grupo de tradición capsense (en realidad el viejo pueblo de la cultura “matritense”

con infiltraciones capsio-africanas) con almerienses-iberos que lo mestizaron.

5. *El grupo cántabro*

Este grupo, aunque habiendo experimentado también la dominación céltica, de la que quedaron entre ellos grupos compactos como los aurinos, velegienses y juliobrigenses, sería un conjunto indígena resultado del cruzamiento de los antiguos pobladores paleolíticos franco-cantábricos con infiltraciones del pueblo de la cultura de las cuevas de tradición capsiese y de almerienses-iberos. De esta mezcla debían proceder las tribus de los *orgenomescos*, *concanos*, *vadinienses*, *tamáricos*, *morecanos* y *coniscos*.⁵

6. *Los vascos y el Pirineo*⁶

En el grupo vasco las infiltraciones célticas (autrigones, caristios, origeviones, nerviones, suessiones) desnaturalizaron temporalmente Vizcaya y Alava y aun parte de Navarra, aunque el carácter indígena vasco-pirenaico reapareciese después de roto el poderío céltico.

Los grupos principales de los *várdulos*, *vascones* y *navarros* permanecieron intactos. El nombre de los navarros no se halla hasta fines de la época visigoda; pero hay motivos para creerlo anterior a la invasión céltica, ya que se descubre (como en el caso de los conios en Conimbriga) en el nombre de Navardún (Navardunum), que sería el nombre dado por los celtas a una fortaleza de los navarros. De todos modos nos podemos preguntar si el avance de los vascones, hasta la Navarra meridional y la línea del Ebro, no se produjo hasta después de quebrado el dominio céltico y si el grupo vasco-navarro no se habría limitado originariamente a los valles pirenaicos y subpirenaicos.

El Pirineo central es ocupado en la época romana (valle de Jaca) por los *iacetanos*, una tribu, al parecer ibérica, emparentada con los aquitanos franceses; habíamos creído generalmente que debió entrar en el país tardíamente, como consecuencia de los movimientos, en Francia, de los volcos tectosages en la llanura de Toulouse. También es posible que la iberización de los iacetanos y aun de los aquitanos se hiciera antes con pequeñas infiltraciones almerienses a través de los grupos pirenaicos occidentales. La población indígena debía pertenecer a los grupos pirenaicos, lo mismo que los demás pueblos del Pirineo catalán, de que se han conservado los nombres. De lo que fué en la Edad Media Sobrarbe y Ribagorza no se tienen noticias; pero de allí hacia el este se conocen los *arenosios* (valle de Arán), los *andosinos* (Andorra) y los *ceretanos* (Cerdaña), que hay que imaginar como pueblos arrinconados, que originariamente se extenderían más al sur hasta el límite natural Montsech-Cadí. El grupo extremo, los ceretanos, debía estar ya mezclado con los pueblos de la cultura de las cuevas.

7. *Los pueblos no ibéricos de Cataluña* ⁷

Este es el caso de otras tribus de la montaña catalana, como los *bergistanos* de Berga, que, un tiempo, llegaron hasta Solsona y Cardona, con posibles infiltraciones célticas a las que se ha atribuído el mismo nombre de su capital Bergidum-Berga. Un pueblo mezclado de gentes de cultura de las cuevas y pirenaicos (y aun celtas en su parte oriental) es el de los *ausetanos* de Vich y Gerona (y acaso el Ripollés), que por el este posiblemente llegaban al mar, al sur de los montes Gavarras, en cuyo nombre Meyer-Lübke encuentra la raíz del de los vascos (euzcausc-). En las comarcas intermedias entre el Pirineo y la llanura ampurdanesa (Olot-Besalú) vivían los *auso-ceretas* o *castellanos*, cuyo primer nombre, transmitido por el Periplo, parece

indicar una mezcla de ausetanos y ceretanos: en ellos había sin duda también una mezcla céltica como enseñan la arqueología y a la vez el nombre de su ciudad Beseldunum-Besaltú.

Los pueblos de la zona litoral catalana y de su “hinterland” son los *indiget*as de la llanura del Ampurdán, los *laietanos* de la costa de Barcelona y en el Vallés, los *lacetanos* en la zona montañosa intermedia entre las zonas costeras y el territorio pirenaico, y los *cossetanos* originariamente en el Panadés y luego en el campo de Tarragona. Los lacetanos se infiltraron hasta Solsona, el Segre central (Artesa) y aun desbordaron las sierras de Comiols bajando en dirección a Tremp (Isona). En la zona del Segre medio (valles de Ager y regiones vecinas hasta la depresión del río en el bajo Urgel), hay que localizar, posiblemente, a los sordones mencionados por Plinio y que ninguna otra fuente vuelve a mencionar, que acaso fueron borrados de la mayor parte de aquellos lugares por la extensión de los lacetanos. Estos pueblos son la mezcla de las gentes de la cultura de las cuevas con una superposición pirenaica, que forma el substrato indígena que absorbió los restos de las infiltraciones célticas y de las ibéricas que reaccionaron contra las primeras, llegando en el siglo vi hasta penetrar en Francia.

Además, en la costa catalana, hacia San Feliu de Guíxols se habla de los gesatas, cuyo nombre (los armados con el *gaesum* o lanza céltica) puede acusar un resto de guerreros célticos que se estabilizó en aquel lugar y que puede compararse con el que revela el nombre de la población de Octogesa (¿Mequinenza?) que correspondería a una banda semejante.

8. *Los pueblos del sur de Francia emparentados con los de España*⁸

Probablemente las vertientes francesas de los Pirineos muestran una evolución parecida a la de la vertiente española. Allí,

debajo de la capa céltica e ibérica (de ésta no conocemos más que el nombre de los *aquitano*s en el occidente, noticias históricas de su penetración, restos arqueológicos que llegan, en los siglos v-iv, de la costa mediterránea hasta Toulouse y nombres de lugar) se encuentran pueblos emparentados con los indígenas de los valles pirenaicos españoles, como ellos pirenaicos de origen y aun emparentados con los vascos: son los *vascones* del país vasco francés, de filiación indudable, los *bigerriones* de Bigorra (con nombre vasco: río rojo), los *auscos* de Auch (cuyo nombre parece formado por la misma raíz ausc-, euzc- del nombre de los vascones) los *onesios* del alto valle de Luchon (acaso arrinconados allí y un tiempo ocupando todo el alto valle del Garona con el Comminges y el Cousserans). A partir del valle del Ariège (condado de Foix), el “substratum” indígena debió ser una mezcla de elementos paleolíticos franco-cantábricos, de capsienes de la cultura de las cuevas y de pirenaicos, borrada aparentemente por las infiltraciones célticas y, en la costa, ibéricas; pero el “substratum” indígena todavía puede reconocerse hasta cierto punto. En el Ariège quedaban los *taruscos* (Tarascón d’Ariège) cuyo nombre se reproduce en Tarascón junto al Ródano y, en el suroeste de Francia, en el valle de la Midouze (por Mont de Marsan): los tarusates; los *sordones* en ambas vertientes de las Alberas, a la vez en la Cataluña española y en el Rosellón y los *elisices* en el Narbonés. Este grupo extremo indígena debía tener afinidades con los de más al norte, de la Provenza, que ya formaban el grupo de pueblos ligures. En realidad, los griegos lo entendieron así, calificando Hecateo de ligures a los sordones y elisices y llamándolos el Pseudo-Escilax “mezcla” de iberos y ligures.

En el Rosellón puede sospecharse que los sordones representaban la población de las zonas montañosas: en el sur sabemos que se extendían por las dos vertientes de las Alberas. La llanura litoral estuvo acaso ocupada por otro pueblo, los ci-

netas o *conios*, de nombre idéntico al de los del sur de Portugal, pues en el Periplo se menciona dicha costa como “*litus cyneticum*”.

Más allá de la zona montañosa del Pirineo, además de los taruscos del Ródano y de las tribus liguras de la Provenza, puede sospecharse que el nombre de los *tolosates* de Toulouse revela una primitiva capa emparentada con los pueblos pirenaicos, pues Toulouse tiene el mismo nombre que la Tolosa del país vasco.

Sobre esta capa de pueblos indígenas se situaron los distintos aluviones célticos. En las regiones próximas al corazón del Pirineo quedaron grupos célticos de la cultura de las urnas: en los montes del Conflent, al oeste de la llanura rosellonesa, persistieron los *beribraces*, como ya se ha dicho, y posiblemente los *garumni* del alto Gerona corresponden a los descendientes del avance que en la región se conoce de la misma oleada céltica primitiva. Del primer movimiento de la segunda oleada, de los celtas de la cultura arcaica de Hallstatt, análoga a la de los pelendones de España y de las tribus que con ellos la representaron, pueden proceder los *pelendones* (o *belendi*) del valle del Ariège en sus terrazas más próximas al bajo curso del río, parientes de los *belendi* de las Landas, así como en la parte occidental de las terrazas subpirenaicas francesas los *tarbelli* de la región de Tarbes: la filiación de estos dos pueblos la indicaría la arqueología, respectivamente, a través de las necrópolis de Ayer (Bordes-sur-Lez) y de Pamiers para los pelendones y de las del grupo de Avezac-Prat para los tarbelios. En el ángulo suroeste de Francia, desde las estribaciones del Pirineo hasta las Landas, es probable que las distintas tribus célticas relacionadas con los aquitanos (*sibuzates*, *sotiates*, *cocosates*, *vasates*, *vocates*) pertenecen a restos de los movimientos de la segunda oleada, en relación con el arrinconamiento de los pelendones y tarbelios, al pasar la expedición de los belgas hacia Es-

paña. Finalmente, el último estrato céltico del sur de Francia es el de los *volcos tectosages* que dominaban el camino de la costa que se bifurca en Narbona hacia el Rosellón, por una parte, y hacia Toulouse y la llanura del Languedoc, por otra, que más al norte, entre Montpellier y el Ródano, se continúan con sus próximos parientes los *volcos arecómicos*.

9. *La cultura, la organización, la vida y el carácter de los iberos y tartesios*⁹

Sea cual sea el grado de civilización y de prosperidad de los celtas en la península, después de su estabilización, el hecho es que *el centro de gravedad de la cultura y de la riqueza de España se hallaba desde el siglo VI al IV a. de J. C. entre los pueblos del grupo tartesio* del sur y sureste de España, habiéndose extendido poco a poco también hacia el sur del territorio valenciano o sea en el hinterland de Hemeroscopion. Hacia el siglo IV y durante el III los territorios de Cataluña y Aragón, con todo su carácter más primitivo y rudo, poco a poco van recibiendo el influjo griego de Emporion y el ibérico del sureste, viniendo a unificarse en cierto modo la cultura en todos los territorios ibéricos o en su inmediato vecindaje, llegando las influencias al límite del territorio celtibérico.

El grado de cultura alcanzado en el sur y sureste es muy alto, beneficiándose España con las influencias de las colonizaciones, especialmente de la focea. La paz parece, en general, haber reinado en ella, calmados los movimientos célticos del siglo VI y terminadas las luchas entre griegos y cartagineses, que se desarrollan desde Alalia (535) hasta principios del siglo V, con intermitencias. Griegos y cartagineses debieron llegar, por fin, a una especie de compromiso y aun a relaciones comerciales intensas. El espíritu de aventura y belicoso de los pueblos ibéricos derivó fuera de España, sirviendo como mer-

cenarios en los ejércitos cartagineses o griegos de Sicilia, en donde a intervalos prosiguió la lucha. Conocemos esos mercenarios del siglo v y de todo el iv y ellos debieron ser de enorme influencia para aclimatar, a su regreso, las costumbres, la civilización y el arte griegos, reforzando la influencia de las colonias establecidas en suelo español.

La base de *la riqueza de estos siglos* fué la explotación de *las minas* del alto Guadalquivir y del sureste de España por los tartesios y pueblos afines y la venta de su producto a griegos y cartagineses en competencia. Con ello, *el comercio* de los productos agrícolas cambiados por vinos griegos, por productos manufacturados y objetos de arte. Con los cartagineses, de los que Cádiz y las antiguas colonias fenicias son meras dependencias, no hubo probablemente grandes luchas hasta la época de los Bárquidas y la relación de los tartesios con ellos también debió ser pacífica en los siglos v-iv.

A merced de esta prosperidad florece *la cultura ibérica* y las ciudades, sepulturas y templos toman un aspecto monumental. En el sureste y sur de España existe una *escultura en piedra, en bronce y en tierra cocida*. La *orfebrería* indígena, al lado de las importaciones fenicio-cartaginesas y griegas, es también muy notable. En la *pintura* hay intentos de *decoración mural* en las tumbas (Galera), de influencia griega y florece una bella *cerámica pintada*. En ésta se combinan los motivos geométricos, florales y animales, la mayor parte de origen griego y con raíces en las últimas especies de la cerámica orientalizante, en la jónica y en la ática, especialmente en las arcaicas, con ensayos, a veces afortunados, de representar la figura humana: escenas de guerra, danzas, cacerías, etc. La cerámica, además, florece en multitud de escuelas locales que casi vienen a coincidir con las distintas tribus. Sus principios se hallan en el siglo vi y florece sobre todo en el sur y sureste en los siglos v y iv, decayendo en aquellas regiones en el iii, aunque se conserva

en forma simple o degenerada hasta fines del siglo I; en cambio, en Cataluña y Aragón se adoptan los tipos del sureste en un arte más rural hacia mediados del siglo IV para florecer con personalidad propia en el III y continuar en la escuela del Ebro (Azaila) con un estilo geométrico-floral de un bello barroquismo en el siglo II hasta principios del I a. de J. C.; la influencia de la cerámica aragonesa, en el siglo III penetra en Celtiberia, en donde, en la cultura posthallstática céltica se aclimata, combinándose con la tradición del país y da lugar a las curiosas representaciones rudas pero de gran originalidad de la escuela de Numancia. Es una característica, tanto de la cerámica como de la escultura, la persistencia de los tipos y los motivos durante un tiempo mucho más largo que en las artes que los han inspirado, lo que da al ibérico un fuerte sabor arcaizante.

La *escritura* jónica se propaga en España y da lugar a los *alfabetos locales*, en los que se escribieron textos no interpretados todavía, por ser la lengua ibérica aún desconocida y se grababan en láminas de plomo (con las que se constituyó un verdadero archivo en el poblado de La Bastida de Mogente, en la provincia de Valencia) o en láminas de plata, en vasos de metal, así como la cerámica abunda en grafitos.

Los iberos debieron tener una *literatura*, de la que dan noticia las fuentes históricas antiguas, y los tartesios tenían leyes antiquísimas en forma métrica. La *música* debía ser muy cultivada, conociéndose representaciones de flautistas en los relieves y en la cerámica (Liria), así como trompeteros (relieves de Osuna). En la cultura celtibérica de Numancia se conocen grandes trompetas de barro.

La *moneda* griega y la fenicio-cartaginesa circuló en territorio ibérico. En el siglo III principian las *acuñaciones indígenas*, debidas a las principales ciudades que estaban en relación comercial con Emporion y con las colonias del sureste, pareciendo haber influido sobre todo las acuñaciones de Emporion en

la formación de la numismática indígena: monedas homonoyas de Ilerda y de Massalia, dracmas de Ilerda, Barcino, Arse-Sagunto, Saetabis-Játiba. Después de la conquista romana muchas ciudades acuñan monedas (serie autónoma) y con ello tenemos un último florecimiento del arte ibérico.

La *organización política y social* de los iberos y tartesios presentaba grandes diferencias y contrastes. El sur tartesio llegó a un grado de madurez mucho mayor en la evolución que el este ibérico, el cual permaneció más en estado primitivo y próximo al tipo de organización que podríamos comparar con la de los pueblos bereberes, constituídos en pequeñas agrupaciones alrededor del *poblado* o de la *ciudad*, prácticamente independientes y relacionados con otros poblados por vínculos tribales y por alianzas militares en momentos de peligro, sin demasiada consistencia. La base de la *organización es democrática* y en general igualitaria, con el poder en un *consejo de ancianos*, una especie de senado, como la *djemaa* de los bereberes y sólo *por excepción* se llega a una organización más amplia y a tener verdaderos *reyes* o caudillos. Estos, sin embargo, aparecen entre los edetanos e ilergetas en los momentos de la conquista romana (Edecon, Indibil y Mandonio) y entonces tienen un carácter en cierto modo hereditario.

Los *tartesios* en el sur aparecen con una organización más compleja. Allí parecen haber existido *clases sociales*: una aristocracia terrateniente y mercantil, navegantes, un pueblo agricultor y esclavos. Se habían organizado *monarquías* que tenían bajo su dependencia grupos de ciudades gobernadas por familias de príncipes y que parecían presidir *confederaciones de varios pueblos*. Así el Periplo habla del reino de los tartesios que comprendía todos los pueblos de Andalucía y del sureste de España; la tradición griega conoce al célebre Argantonio. Del tiempo de las guerras entre cartagineses se conoce a los reyes Culcas de Carmona, que dominaba una federación de ciudades, y

Budares y Besadines de Turba, así como a princesas ibéricas, casadas con caudillos cartagineses (Imilce, princesa de Cástulo, esposa de Aníbal y la hija de un rey ibero con Asdrúbal). Los tartesios tenían un derecho escrito en forma métrica.

La *religión*, mal conocida aún, había llegado a tener cultos de la naturaleza que sobrevivieron, algunos hasta muy tarde y que los romanos identificaron con los suyos propios, así como se adoraban también divinidades célticas. El culto debía tener gran pompa en algunos lugares, a juzgar por el santuario del Cerro de los Santos, un verdadero templo imitado de los griegos, con estatuas votivas de piedra, así como por el relieve de Osuna que reproduce un flautista o por el vaso de Liria con una escena de danza, probablemente ritual. En los santuarios más humildes montañoses o rurales, como Castellar de Santisteban o Despeñaperros, la Serreta de Alcoy o La Luz (Murcia), abundan las ofrendas votivas en bronce o en tierra cocida, representando guerreros, damas, miembros del cuerpo humano y aun dentaduras. Las prácticas mágicas, sin duda muy desarrolladas entre los demás pueblos de España, sobre todo en Galicia y en el Norte o en las Baleares, donde existía la “*couvade*”, debían existir también entre los tartesios e iberos. Los sacrificios humanos, conservados excepcionalmente entre las tribus ibéricas más bárbaras, debían haber ya desaparecido entre las más cultas.

Entre los pueblos célticos se adoraban, como es de suponer, las divinidades de aquel carácter, comunes a los cultos de los demás celtas de Europa; tales divinidades son atestiguadas por las inscripciones romanas de España (Epona, las *Matres*, Cernunnos), así como en la cerámica pintada de Numancia aparecen las representaciones de alguna de aquellas divinidades. Otra representación de Epona es conocida por un relieve de Villaricos (Almería).

Las *notas comunes* a todos los iberos y aun a todos los pueblos primitivos de España parecen haber sido: el espíritu de independencia y de oposición a dominios forasteros, el orgullo (“*authádeia*”), el sentido de la hospitalidad, el ser aseguibles al trato benévolo y resistentes al altanero, la ingenuidad y credulidad, a la vez que la indolencia e inconstancia para empresas largas, la división con tendencias a la anarquía. En los pueblos del este y sur de España hay gran receptividad para las influencias culturales extranjeras y gran aptitud artística, incluso entre las clases más humildes. El *espíritu de caudillaje* y la institución de los “*soldurii*”, compañeros del jefe que forman una guardia y le defienden hasta la muerte, *son instituciones típicas*. En general se habla de la poca belicosidad de las tribus tartesias que, después de las primeras luchas y de la represión violenta de sus primeras sublevaciones, fueron dominadas fácilmente por los romanos. Sin embargo, en aquellas luchas los tartesios lucharon como buenos, como en la sublevación de Cástulo e Iiliturgi de 206-205: los romanos pasaron a cuchillo a Iiliturgi, a lo que siguió la resistencia de Astapa, prefiriendo sus pobladores incendiarla y suicidarse ellos a entregarla; asimismo, en 196 se levantó toda Andalucía al mando del rey Culcas de Carmo, costando mucho a los romanos pacificarla y siendo precisa toda la diplomacia de Catón el Censor. Las tribus del este de España y del Ebro dieron ejemplos de belicosidad y de valor: Sagunto, Indíbil y Mandonio, los mercenarios de los ejércitos cartagineses y griegos y los que sirvieron en las filas romanas, como la “turma salluitana” que mereció la ciudadanía por su valor en la guerra social de Italia. En otros lugares de España, la resistencia de los celtíberos, lusitanos y cántabros dejó persistente recuerdo en Roma y dió a España el dictado de “horrida et bellicosa provincia” y el carácter de las tribus del norte, en especial de las cántabras, las hizo considerar como hoscas y poco amigas de mezclas y de contactos extraños (“*dysepimiktoi*”).

NOTAS

1 Para esta parte de nuestro trabajo subsisten, en general, las conclusiones a que habíamos llegado en nuestra *Etnología de la Península Ibérica*, en donde se encuentran las ampliaciones y detalles pertinentes.

2 En el *Periplo* no parece haberse conocido más iberos que los de la costa oriental de España. En los versos 247-253 del poema de Avieno “*Ora maritima*”, después de citar la ciudad de Herbi, o sea Huelva, se habla de iberos y del río Hiberus y suponiéndose que los iberos derivan su nombre de aquel río —que sería el Tinto— y no del Ibero-Ebro:

247 at Hiberus inde manat amnis et locos
fecundat unda. *plurimi ex ipso ferunt*
dictos Hiberos. non ab illo flumine
quod inquietos Vasconas praelabitur.
nam quicquid amnem gentis huius adiacet
occiduum ad axem, Hiberiam congnominant . . .

Schulten mantiene como del *Periplo* lo que no va transcrito en cursiva, pero no la teoría sobre el origen de los iberos — que transcribimos en cursiva. Nosotros creemos que todo el pasaje es interpolado, sea por Avieno, sea por alguno de los anteriores manipuladores del *Periplo*, por ejemplo Eforo. En el *Periplo* se debió citar sólo la presencia de un río (el Tinto) junto a la marisma y la ciudad de Huelva. Después ya de la generalización del nombre de los iberos a las tribus del sur de España (Herodoro) se debió introducir el pasaje y acaso la teoría sobre el origen, que resulta muy propia de las interpolaciones del tipo de las de Eforo y que tiene su paralelo en el pasaje (versos 132 y siguientes) del texto de Avieno que supone a los ligures habiendo habitado la costa de Frisia, de donde fueron expulsados por los celtas, refugiándose en una zona montañosa (¿los Alpes?). Este pasaje nosotros lo creemos interpolado también, acaso por Eforo, aunque Schulten también lo mantiene como del viejo *Periplo*.

3 Berthelot, *Festus Avienus, Ora maritima* (París, 1933).

4 Esta manera de ver el problema de los lusitanos creemos que lo explica más satisfactoriamente que otras explicaciones nuestras, influenciadas por la doctrina tradicional que los considera como iberos, para lo que, realmente, no hay ningún fundamento serio (Mendes Corrêa, *Os povos primitivos da Lusitania*, Porto, 1924). En *Los Celtas de Portugal y sus caminos* (“Homenaje a Martins Sarmiento”, 1933), habíamos pensado en una emigración a lo largo de los montes cárpato-vetónicos de los lusitanos, a la llegada de los celtas al centro de España, refugiándose aquéllos y quedando aislados en las montañas portuguesas, partiendo de la identidad de nombres y del posible parentesco con los lusones, que un tiempo debieron extenderse más, ya que Luzaga y Luzón caen fuera de su territorio histórico. Pero actualmente preferimos encontrar las razones del parentesco en la cultura de las cuevas del grupo Extremadura-Segovia, con extensiones en Portugal, y considerar a los lusones de Celtiberia como un resto iberizado, a diferencia de los lusitanos portugueses que serían un resto occidental intacto de aquel grupo.

Bosch, *El problema de los Cántabros y de su origen* (“Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo”, Santander, 1933). También Schulten, *Los Cántabros y Asturcs y su guerra con Roma* (Madrid, 1943).

6 Además de la *Etnología de la Península Ibérica*, ver también: Bosch, *El problema etnológico vasco y la Arqueología* (“Revista Internacional de los Estudios Vascos”, 1923); Idem., *La Prehistoria de los Iberos y la Etnología Vasca* (Id., Id., 1925); Id., *Los celtas y el país vasco* (Id., Id., 1932). Para la localización de los arenosios y los andosinos, respectivamente, en el Valle de Arán y en Andorra: L. Pericot, *Historia de España*, I, p. 431 y Bosch-Aguado, *La Conquista Romana de España* (vol. II de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, Madrid, 1935, p. 18); Schulten (*Fontes Hispaniae Antiquae*, III, p. 47), admite la localización de los antiguos andosinos y arenosios hecha por nosotros y relaciona el nombre de los primeros con el vasco “andia”, grande, lo que confirmaría el origen pirenaico de estos pueblos. Acaso el nombre de los arenosios está compuesto con el sufijo céltico “are”: extremo, y esté relacionado con las infiltraciones célticas comprobadas en el Valle de Arán (cultura de las urnas: necrópolis del Pla de Beret y nombre de Salardú = Salardunum).

7 Además de lo dicho en la *Etnología de la Península Ibérica*, ver también: Bosch, *Assaig de reconstitució de la etnologia de Catalunya* (discurso de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1932); Bosch, *Problemes d'història i d'arqueologia tarragonines* (Tarragona, 1925). El límite

oriental de los ausetanos era el mar, al sur de las Gavarros, según Castillo (citado por Pericot, *Historia de España*, I, p. 431) comprendiendo la comarca de Blanes a Sant Feliu de Guixols. A. del Castillo, *La costa brava en la Antigüedad, en particular la zona entre Blanes y San Feliu de Guixols. La villa romana de Tossa* ("Ampurias", I, 1939, pp. 186-267).

8 La población del sureste de Francia en sus distintas etapas durante la edad del hierro parece hoy bastante bien conocida. Desde el punto de vista arqueológico arranca de una población celtizada por el pueblo de la cultura de las urnas que se transforma con las primeras importaciones griegas jónicas, a fines del siglo VII o a principios del VI. En éste algunos poblados parecen haber padecido una destrucción violenta (señales de incendio: Cayla, cerca de Mailhac, Aude). En el siglo VI comienza una nueva cultura con cerámica ibérica de tipos españoles e importaciones griegas de figuras negras áticas, floreciendo en el V y IV con rica cerámica de figuras rojas, cerámica ibérica relacionada con España, desarrollos locales e influencia de la cerámica y de la cultura de La Tène del norte de Francia. A partir del III parecen dominar el país los volcos, recién llegados y que representan la última capa de población céltica, aunque no debió destruir la población anterior en la que se mezclaban indígenas descendientes de los pueblos prehistóricos, celtas de la cultura de las urnas e iberos. En este período se mezclan las influencias de la cultura de La Tène llevada por los invasores con nuevas influencias de los pueblos de Cataluña que van perdiendo su carácter ibérico resurgiendo el indígena, importándose cerámica de tipo ibérico de la costa catalana. Este estado de cosas sigue hasta la romanización que se infiltra poco a poco y que se hace notar tan sólo en el siglo I de nuestra era. Estas conclusiones son válidas no sólo para la costa del Aude, sino para el Hérault y aun para todo el territorio provenzal al oeste del Ródano. En la llanura de Toulouse, la arqueología acusa la persistencia probable de los celtas de las urnas hasta algo más tarde que en el este, infiltrándose poco a poco los iberos y siendo sustituidos por los volcos también a partir del siglo III. La extensión de los iberos parece comprobarse por los nombres de lugar: Iliberris-Elna y Carcasso (en el este); en el oeste: Iliberris (Auch), Hunguverro (entre Tolosa y Auch); Calagurris (entre Tolosa y Saint Bertrand de Comminges); Iluro (Oloron), acaso Tolosa, Burdigala (Burdeos); Carissa, Asta (en los Bajos Pirineos) y acaso también Corbulo (Nantes), el célebre mercado de la costa atlántica que pudo ser una avanzada a consecuencia de la ruta comercial antiquísima que desde Narbona se extendía a lo largo del Garona hasta Burdeos y seguía hacia el norte y de la que ya

habla el Periplo. Con la entrada de los volcos, éstos ocuparon la llanura de Tolosa y los iberos (aquitanos) quedaron replegados a las bajas llanuras de las Landas a la Gascuña y a la meseta de Lannemezan, en donde se mezclaban con los pueblos indígenas concentrados en las vertientes pirenaicas del Bearn, Bigorra, Comminges y Cousserans y Foix, en donde ellos, a su vez, se habían ya mezclado con las primeras infiltraciones célticas de la primera edad del hierro. Otros indicios de la iberización del sur de Francia son los nombres ibéricos de dioses y de personas y la circulación de monedas con leyendas ibéricas. Ver Bosch, *Two Celtic waves in Spain*; Bosch, *Etnología de la Península Ibérica*; R. Lantier, *Celtas e Iberos* (“Archivo Español de Arqueología”, Madrid, 1941, Núm. 42, pp. 141 y ss.); A. Blanchet, *Les Ibères en Gaule* (“Revue de Synthèse, xvii, 1939, p. 31); C. Jullian, *Histoire de la Gaule*, I (París, 1914); R. Lizop, *Le Comminges et le Cousserans avant la domination romaine* (Toulouse-Paris, 1931).

9 Pericot, *Historia de España*, I; P. Dixon, *The Iberians in Spain* (Oxford, 1940); Schulten, capítulo sobre la España Ibérica en la *Cambridge Ancient History*, VII, pp. 782 y ss., Bosch, *Iberi* en la *Enciclopedia Italiana*. Nuestros trabajos de conjunto sobre arqueología y arte ibéricos citados en la *Etnología de la Península Ibérica*. El último, posterior a dicha obra: capítulo sobre el arte ibérico y celtibérico en el *Handbuch der Archäologie* de la serie de los *Handbücher der classischen Altertumswissenschaft*, de Ivan von Müller (Munich, Beck), se hallaba impreso, pero no sabemos si ha aparecido. Sobre la cerámica ibérica del este y sur de España y su cronología, nuestra conferencia en la “Society of Antiquaries of London”, 1940, que revisa el problema poniéndolo al día, está en preparación para ser publicada en “Archaeologia”.